

CIUDADES

VOLUMEN 4

Samuel Jaramillo,
editor

Bogotá

en el cambio de siglo:
promesas y realidades



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Manuel Dammert G.

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Gabriela Chauvin O.

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-10-0

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: marzo de 2010

Contenido

Presentación	7
Introducción: Bogotá, cambio de rumbo y nuevos alcaldes	9
<i>Samuel Jaramillo</i>	
¿Qué fue y qué será la Cultura Ciudadana?	33
<i>Paul Bromberg / Tatiana Gomescásseres</i>	
Vivir en Bogotá: estrategias y prácticas de movilidad residencial urbana	53
<i>Françoise Dureau</i>	
Bogotá: del transporte como política a la movilidad. Transformaciones culturales y espaciales	87
<i>Ricardo Montezuma</i>	
La planeación y la gestión urbanas a prueba de la movilidad espacial. Bogotá en los años 1990 y 2000	117
<i>Thierry Lulle</i>	
Descentralización territorial en Bogotá. El espíritu centralista de las autoridades descentralizadas	167
<i>Alberto Maldonado Copello</i>	

Las diferentes expresiones del proceso de segregación en Bogotá	195
<i>Françoise Dureau / Andrea Salas Vanegas</i>	
Profundización de las relaciones de metropolización de Bogotá con la Sabana	221
<i>Óscar A. Alfonso R.</i>	
Dos décadas de política de vivienda en Bogotá apostando por el mercado	249
<i>Nicolás Cuervo / Samuel Jaramillo</i>	
Mercado informal de vivienda en alquiler y estrategias residenciales de los sectores populares en Bogotá	293
<i>Adriana Parías Durán</i>	
Los avances del proceso de implementación de los instrumentos de la Ley 388 de 1997 en Bogotá	337
<i>Juan Felipe Pinilla Pineda</i>	

Vivir en Bogotá: estrategias y prácticas de movilidad residencial urbana*

Françoise Dureau**

Puede parecer paradójico aludir a “estrategias” de movilidad residencial de los habitantes en una ciudad signada por la pobreza y por un severo déficit habitacional. El uso de este término implica considerar que los individuos y los hogares disponen, por una parte, de la posibilidad de escoger, y por otra, suponer que tienen “un mínimo de libertad y de lucidez en sus prácticas habitacionales” (Brun, 1990, en: Bonvalet y Dureau, 2002: 69). En Bogotá, como en otros lugares, las prácticas residenciales de sus habitantes no están determinadas simplemente por su condición social o por la etapa que atraviesan en su ciclo de vida: la primera sección de este texto lo demostrará ampliamente. Veremos enseguida cómo las elecciones residenciales se traducen en prácticas de movilidad más o menos restrictivas. Los resultados presentados aquí son fruto de una investigación adelantada en la década de los años noventa,¹ que produjo información específica sobre las prácticas de movilidad en Bogotá y su periferia (recuadro 1).

* Este artículo recoge en gran medida textos ya publicados, en especial, Dureau, 2006.

** Demógrafa y geógrafa. Investigadora del Instituto de Investigación sobre el Desarrollo (IRD) y coordinadora del grupo de investigación sobre movilidad MIGRINTER.
Correo electrónico: fdureau@gmail.com

1 Programa de investigación *Las formas de movilidad de las poblaciones de Bogotá y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana*, realizado por un equipo colombo-francés codirigido por F. Dureau (IRD) y por C. E. Florez (CEDE), en el marco de un convenio entre el Institut de Recherche pour le Développement y el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes, con el apoyo financiero del CNRS / PIR-Villes y del CNES.

Recuadro 1. La encuesta CEDE-IRD sobre la movilidad en Bogotá (1993)²

La encuesta *Movilidad espacial en el área metropolitana de Bogotá* se realizó en octubre de 1993 y estuvo referida a 1.031 hogares seleccionados en once zonas de recolección: siete de ellas situadas dentro del Distrito Capital de Bogotá y cuatro en los municipios de la periferia metropolitana. Por lo tanto, la muestra no es representativa del conjunto de la población de la ciudad ni de todos sus espacios habitados (Dureau y Florez, 1999). Pero, de otro lado, estas zonas de encuesta representan los tipos de poblamiento presentes en 1993. La selección de las zonas de encuesta se efectuó de acuerdo con cuatro criterios: posición geográfica, composición social de la población, forma de producción de la vivienda y dinámica demográfica y espacial imperante. En cada una de las once zonas se escogió una centena de hogares según un muestreo aleatorio, estratificado y en tres escalas (manzana, viviendas, hogares). En cada hogar de la muestra, se aplicó un módulo biográfico a un adulto de más de 18 años escogido mediante un sistema de cuotas: de esta manera se recolectaron 1.031 trayectorias residenciales. Además, para cada uno de los miembros de los hogares (o sea, cerca de 4.500 individuos) se recopiló información sobre sus desplazamientos cotidianos hacia los lugares de trabajo y de estudio, y sobre su movilidad residencial durante el mes previo a la encuesta.

La encuesta demográfica se complementó con una serie de entrevistas semidirigidas aplicadas acerca de cincuenta hogares residentes en los municipios periféricos, cuyo objetivo fue profundizar la comprensión del comportamiento en movilidad y observar detalladamente las redes de solidaridad presentes en las escogencias residenciales.

Estrategias y decisiones residenciales

Para describir las decisiones residenciales en Bogotá, usaremos una matriz analítica que es ya clásica en el campo de la vivienda y del hábitat. Desarrollada fundamentalmente desde los años ochenta, para el caso francés

(Bonvalet y Fribourg, 1990), se adapta bien al estudio de Bogotá y de otras ciudades latinoamericanas. Ella tiene en cuenta tres características de la vivienda que desempeñan un papel decisivo en las estrategias de los hogares: la modalidad de acceso a la vivienda, el tipo de hábitat y la localización (Bonvalet y Dureau, 2002: 71). Discutiremos sucesivamente cada uno de estos tres factores. El último de ellos permitirá hacer evidente la importancia crucial de las redes de relaciones en las decisiones residenciales de los hogares.

*Modalidad de acceso a la vivienda: la propiedad,
una norma que no está generalizada completamente*

Las distintas formas de producción de la ciudad han permitido la construcción de un parque inmobiliario en el que la propiedad es predominante. La propiedad es ampliamente preferida por los habitantes: tiende a ser considerada como la norma en la cual deben desembocar las trayectorias residenciales. La difusión de esta modalidad de acceso a la vivienda en las diversas capas sociales y el sentido que a ella le otorgan los habitantes, permite comprender la atracción que suscita.

Como señala Carrión (2002: 471) a propósito de Quito, la modalidad de ocupación de la vivienda no tiene una relación directa con la capacidad económica de los hogares. En Bogotá, en 1990 el 48% de hogares pobres era de propietarios, mientras que esta proporción era del 52% entre la clase media y del 73% en el sector más acomodado.³ A pesar de que es más frecuente en los sectores de mayores ingresos, la propiedad de la vivienda está ampliamente difundida en las clases populares.

En América Latina, como en otras partes, “la propiedad confiere una posición residencial, y de esta manera una posición social que no siempre el estatuto profesional permite adquirir” (Bonvalet y Dureau, 2002: 74). La propiedad se constituye, de hecho, en una norma social hacia la cual se supone que debe tender la trayectoria residencial: no llegar a ser propietario frecuentemente es asimilado como un fracaso. Esta valorización de la propiedad se acentúa en la medida en que se desciende en la

3 Tomado de *Encuesta nacional de hogares, 1987-1990*. Estimaciones citadas por Parias, 1996.

escala social. Con el acceso a la propiedad, lo que se busca es adquirir un rango social. Pero para las familias pobres se trata también de poner fin a la itinerancia entre viviendas alquiladas que se abandonan para escapar a los conflictos frecuentemente provocados por el hacinamiento. Ser propietario implica, además, tener la posibilidad de disponer de una fuente de ingreso complementario a partir del alquiler o del uso de una parte del inmueble para ejercer una actividad comercial o artesanal. Finalmente, en un contexto económico signado por la precariedad del empleo, la propiedad inmobiliaria ofrece una seguridad que el empleo no garantiza. Como se ve, más allá del estatus social al que se la asocia, la propiedad cumple funciones múltiples, particularmente para los habitantes más pobres. Sus diversos sentidos explican fácilmente la importancia de esta modalidad de ocupación residencial entre las diferentes capas de la sociedad urbana.

Claro está que algunos inquilinos no cuentan con los recursos necesarios para adquirir un terreno y construir su vivienda. Pero más allá de estos casos en los que el alquiler “se padece”, también es evidente que el arrendamiento puede ser el resultado de una elección plenamente asumida como tal (Gilbert, 1997: 121; Bonvalet y Dureau, 2002: 75) y de la preferencia por una vivienda alquilada bien situada, en zonas bien equipadas y con acceso a servicios públicos, en comparación con una vivienda propia en un barrio periférico con servicios deficientes. Las familias ricas no tienen el monopolio de este comportamiento. Algunos hogares pobres escogen deliberadamente continuar ocupando viviendas alquiladas de áreas centrales a pesar de la precariedad de las construcciones, de la promiscuidad y de la inseguridad ligadas a la condición de inquilino.

En el contexto latinoamericano, a menudo el alquiler de vivienda es percibido como el producto de dificultades para el acceso a la propiedad. Esta representación está en contradicción con los datos censales y de las encuestas cuando se cruzan las características de la vivienda y la modalidad de ocupación. En Bogotá y en muchas otras ciudades, “el alquiler no es forzosamente padecido ni patológico” (Dureau, 2002a: 100). Las encuestas de vivienda realizadas en Colombia muestran que, si bien la precariedad afecta con mayor intensidad a los inquilinos, se constata también que, de una parte, un arrendatario de cada tres goza de condiciones habitacionales relativamente satisfactorias y, de otro lado, un número también

significativo de propietarios (uno de cada tres) ocupa viviendas caracterizadas por todo tipo de deficiencias. Entonces el alquiler no resulta de manera exclusiva por la falta de recursos.

El tipo de hábitat: fascinación por los barrios cerrados

La casa individual es mayoritaria como alojamiento en la mayor parte de las metrópolis del sur (Bonvalet y Dureau, 2002: 77), y Bogotá no es una excepción a esta regla (60% de las viviendas en 1963 eran casas). Esta situación se explica, de nuevo, por las formas de producción del hábitat: la verticalización es escasa en ciudades en las que predomina la autoconstrucción. Además de su accesibilidad económica, la casa individual tiene un claro reconocimiento social en todas las clases sociales: durante décadas este ha sido el modelo de referencia de las clases pudientes.

Pero si la casa individual todavía es mayoritaria, su peso relativo en el parque inmobiliario tiende a disminuir de manera sustancial. La inseguridad y la atracción por las zonas centrales han contribuido a esta evolución: en Bogotá, como en Quito, Santiago o São Paulo, un número creciente de familias acomodadas prefieren cada vez más apartamentos de lujo en áreas centrales o pericentrales (Bonvalet y Dureau, 2002: 78). La rápida difusión de esta nueva modalidad de vivir en la ciudad no sería comprensible sin tener en cuenta su complemento: la posesión de una residencia secundaria en el campo, ampliamente generalizada en las clases acomodadas (foto 1). Los dos componentes de espacio residencial frecuentados a lo largo de la semana, apartamento y residencia secundaria, ofrecen una vida metropolitana a la vez segura, liberada de tiempos de viajes importantes, y de calidad, gracias a los fines de semana en los alrededores rurales (Bonvalet y Dureau, 2002: 78).

La intensificación de la preferencia por el apartamento en las familias acomodadas de las metrópolis latinoamericanas constituye también una respuesta a un creciente sentimiento de inseguridad: los edificios de apartamentos son una de las modalidades de los “conjuntos cerrados”. Estas residencias confinadas tienen un peso relativo cada vez mayor: es una modalidad de hábitat que tiende a constituirse en modelo de referencia para el conjunto de la población, trascendiendo a las clases dominantes que lo

adoptaron inicialmente (Bonvalet y Dureau, 2002: 79). Se disemina en estratos sociales muy diversos en versiones desde la más lujosa a la más modesta (foto 2). Más allá de su función relacionada con la seguridad, que es natural en ciudades que tienen serios problemas al respecto (lo que no excluye otras explicaciones)⁴ estos conjuntos cerrados adquieren otra función social: confieren un innegable estatus social a sus habitantes.

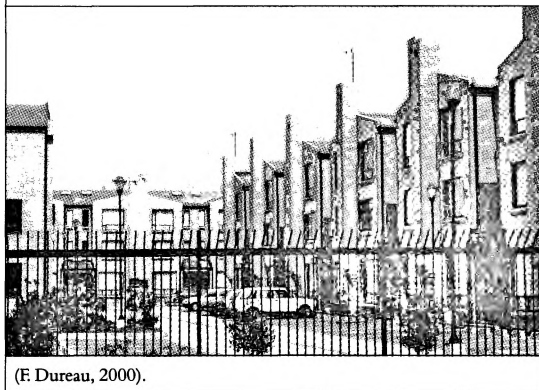
Foto 1. La proliferación de residencias secundarias al norte del Distrito Capital



(B. Lortic, 1999).

4 Para M. Janoschka (2002), otro elemento de explicación es el abandono de la estructura pública por parte del Estado. En entrevistas a residentes pioneros de Nordelta en Buenos Aires, la inseguridad no es mencionada sino de manera secundaria: lo que parece relevante es el conjunto de servicios ofrecidos (los conjuntos cerrados en Buenos Aires son promocionados con el lema de “un auténtico estilo de vida alternativo”), entre los cuales la vigilancia es solamente uno de ellos.

Foto 2. Un “conjunto cerrado” construido a mediados de los años noventa en el norte del Distrito Capital



(F. Dureau, 2000).

Localización: una variable esencial en las estrategias residenciales

De manera reiterada se ha evocado el tema de la localización a propósito de la escogencia de las modalidades de ocupación o del tipo de hábitat: efectivamente con frecuencia es difícil aislar esta característica del hábitat de los dos atributos anteriores. Dado que no todos los tipos de hábitat están presentes en todos los sectores de la ciudad, la elección de un cierto tipo de vivienda se asocia inevitablemente a una localización determinada. Sin embargo, un número cada vez más numeroso de estudios muestra que:

la localización constituye una variable esencial de las estrategias residenciales, que traduce las diferentes escalas de las prácticas residenciales de los ciudadanos y cuyo papel no puede reducirse al de un simple relevo entre los demás atributos de la vivienda (Bonvalet y Dureau, 2002: 84).

Pero al igual que las otras características de la vivienda que se han mencionado, la localización es una señal de la posición social: vivir en barrios valorizados socialmente es un aspecto de gran importancia. Las represen-

taciones sociales del espacio urbano desempeñan una función crucial en las elecciones residenciales. Desde los años treinta, en los imaginarios de los bogotanos y en los discursos de los medios de comunicación, el norte se asocia sistemáticamente a la población de ingresos altos y el sur a los pobres: localizarse en una u otra de estas zonas es algo que tiene gran significación. La elección del barrio puede primar completamente sobre cualquier otra característica de la vivienda.

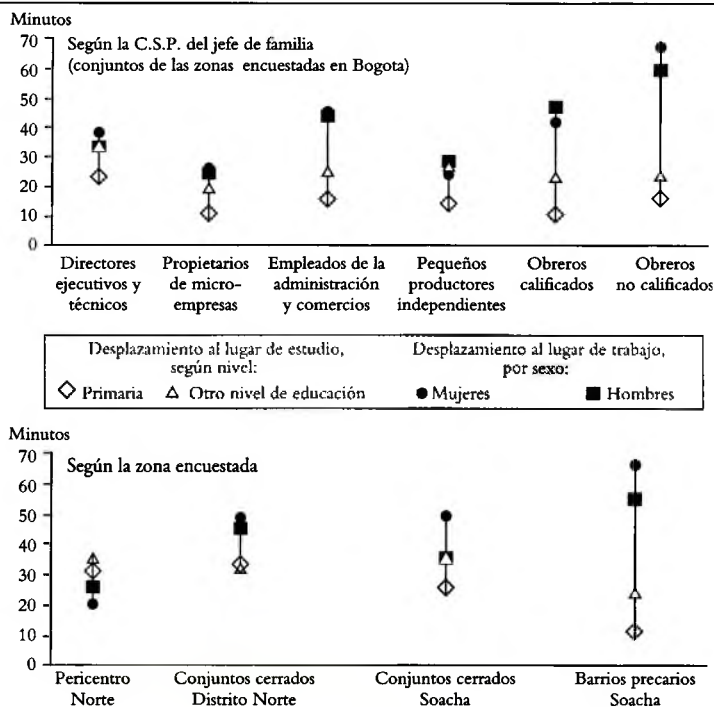
Sin embargo, el papel de la localización no se limita a esto. En una metrópoli que tiene ya un tamaño muy considerable, y en la cual no está garantizada una buena accesibilidad para todos los residentes en el conjunto del territorio, la localización tiene consecuencias cada vez más importantes. Escoger un lugar de residencia no es solamente elegir un determinado ambiente natural, arquitectónico o social, implica escoger el acceso a un cierto número de recursos localizados en el espacio urbano: empleo, equipamientos, redes sociales y, en particular, redes familiares.

Proximidad al lugar de trabajo: un criterio nuevo para las clases altas

Tradicionalmente en Bogotá, como en otras metrópolis latinoamericanas, la localización del trabajo no ha sido muy importante para la elección del lugar de residencia. El sistema de transporte público provee un servicio relativamente barato para el conjunto de la ciudad y, gracias a su flexibilidad, esto incluye los asentamientos periféricos recientes de grupos populares. Las familias con acceso al automóvil podían recorrer fácilmente distancias considerables usando vías rápidas construidas a partir de la década de los años sesenta. Esta situación cambió significativamente a partir del aumento dramático de la tasa de motorización de los hogares favorecido por el crecimiento de las clases medias y la flexibilización en las condiciones de importación de vehículos: el tiempo de transporte se alargó para las familias motorizadas (figura 1). En cuanto a los sistemas de transporte público, sus deficiencias se acentúan y se hacen evidentes: tendrán que ser reformados para adaptarse a las exigencias de espacios metropolitanos muy dilatados. El alargamiento de los tiempos de desplazamiento y la generalización de la actividad laboral femenina inducen una revalorización importante de las áreas centrales o pericentrales para las parejas

en las cuales los dos miembros trabajan: para las familias acomodadas, la proximidad al trabajo se vuelve ahora algo importante. Para las capas de altos ingresos de Bogotá, de Guatemala o de São Paulo (Dureau y otros, 2002), se fortalece la tendencia a favorecer la centralidad, la accesibilidad y la proximidad a las zonas de empleo, rompiendo con una pauta centrífuga que prevaleció desde mediados del siglo XX. Mientras que en esta época actual en Europa, el aumento de la velocidad de los desplazamientos y la evolución de los modos de vida contribuyen al crecimiento de la disociación entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo; en algunas de las grandes ciudades de América Latina, para las capas de mayores ingresos, lo que ocurre es justamente lo contrario.

Figura 1. Duración media de desplazamiento desde la vivienda al lugar de trabajo o estudios (1993, Orstom-CEDE)



Fuente: Dureau, 1999: 336.

En cuanto a las familias de bajos ingresos, ellas nunca han tenido otra alternativa que padecer los largos trayectos cotidianos entre los barrios populares relegados a la periferia y los lugares de empleo, u ocupar el degradado parque habitacional en arrendamiento en el centro de la ciudad, con todos los inconvenientes que ya se han evocado. En todo caso, en un contexto de gran inestabilidad laboral para estos grupos es difícil hacer depender su lugar de residencia de un empleo con una localización muy variable.

La elección de un modo de vida

Las elecciones residenciales de las clases acomodadas que tienen los medios para ejercer un control real de los espacios metropolitanos ilustran perfectamente los dos modelos que coexisten en Bogotá: un modelo que valoriza el centro, otro que lo rechaza. Acabamos de evocar el primero: la proximidad al empleo, a los lugares de actividad cultural, la búsqueda de un estilo de vida "urbano" inducen la instalación cada vez más masiva en áreas centrales o pericentrales en las que los hogares más ricos ocupan edificios de lujo construidos en los últimos quince años. Pero de manera similar a lo que se observa en otras regiones del mundo, el retorno al centro ha sido desencadenado por pioneros deseosos de vivir de manera "diferente" al lado de otras capas sociales. El proceso clásico de *gentrification*⁵ se desenvuelve hoy con un ritmo variable, en función de la intensidad en la producción de vivienda de lujo a través de la destrucción y reemplazo de inmuebles nuevos o por renovación del parque inmobiliario antiguo.

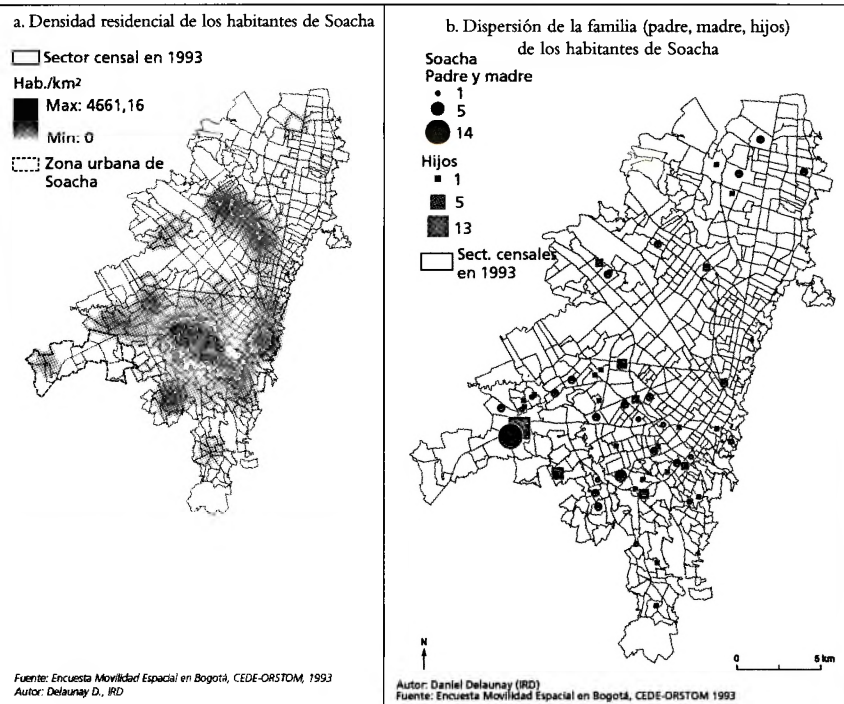
La pauta predominante, sin embargo, continúa siendo la de vivir lejos del centro. En una ciudad como Bogotá que sufre de una fuerte contaminación y en la que prevalece un sentimiento de inseguridad exacerbado, muchos hogares de altos ingresos, motorizados y que tienen una cierta flexibilidad en los horarios de trabajo, prefieren ocupar una casa en la periferia para disfrutar de la calidad del ambiente y de un contexto urba-

5 El término *gentrification* designa "un fenómeno a la vez físico, económico, social y cultural que se desarrolla en algunos barrios populares en el que una rehabilitación física de los edificios degradados acompaña el reemplazo de obreros por capas medias" (Hamnet, 1984, en: Lévy, 2002: 199).

no que se supone es el mejor para la vida en familia. Esta demanda de vivienda encuentra una oferta abundante en la forma de conjuntos residenciales cerrados que permiten vivir “entre los suyos” en complejos residenciales que tienen, los más lujosos, equipamientos deportivos para todos los miembros de la familia.

Como se ve, para los grupos sociales más favorecidos, la elección entre las periferias verdes y la localización urbana más central se da en términos de opciones de modos de vida. Las familias más ricas tienen la posibilidad de vivir cotidianamente en estas áreas periféricas sin ser excesivamente penalizadas en términos de tiempo de transporte (son, a la vez,

Figura 2. Las trayectorias residenciales que conservan la proximidad familiar en Soacha, 1993



Fuente: Dureau y Delaunay, 2005: 62 y 63.

las mejor equipadas en medios de transporte y viven en los lugares mejor servidos por vías rápidas) (figura 1); tienen también los medios de mudarse hacia lugares más centrales cuando los hijos se convierten en adolescentes. Para las familias de clase media que residen en la periferia, el panorama es bastante diferente: los tiempos de transporte cotidiano se alargan significativamente, lo que a menudo conduce a que, en especial las mujeres, dejen sus empleos, y la perspectiva de un traslado residencial se vuelve muy hipotética.

Importancia de las redes familiares en las opciones de localización

Las redes familiares tienen con frecuencia una importancia decisiva en las opciones de localización residencial. Un análisis de la geografía de las familias en Bogotá a partir de las encuestas biográficas de 1993 (Dureau, 2002b) muestra una muy marcada concentración espacial de las familias en todos los grupos sociales. Para cualquier nivel de educación de las personas interrogadas, el 80% y 84% de su parentela (ascendientes y descendientes) que residen en el área metropolitana de Bogotá vive en la misma alcaldía local. El análisis cartográfico confirma la concentración espacial en el seno del espacio metropolitano: para cualquier estrato considerado, la localización de los parientes no se dispersa en los espacios territoriales accesibles al grupo social en cuestión. A lo largo de sus trayectorias residenciales, los habitantes conservan la proximidad a los miembros de su familia (figura 2). Aún en las clases medias, en las cuales se piensa que tienen redes familiares menos extensas y el contraste intergeneracional es más agudo, la cercanía residencial se mantiene claramente. Este sistema, sin embargo, tropieza con límites estructurales allí donde el mercado de inmuebles y de tierras se satura y no permite la reproducción local de la familia. Para ciertas generaciones en ciertas categorías de población, el acceso a la propiedad de la vivienda implica un alejamiento de la familia y, en ese caso, la encrucijada que se impone en ciertas elecciones residenciales se da entre proximidad a los parientes y propiedad de la vivienda.

Modalidades residenciales intraurbanas

La intensidad de la movilidad residencial intraurbana, es decir la frecuencia de las mudanzas en el seno de la aglomeración o del área metropolitana (recuadro 2), varía fuertemente según las ciudades y las épocas: depende de la fluidez del mercado de la vivienda. Si no existe la oferta de viviendas que corresponde a las preferencias de los hogares, la movilidad no se realiza aun si estos hogares cuentan con los recursos financieros requeridos para hacerlo; damos este ejemplo para dar a entender cabalmente la especificidad residencial intraurbana, constreñida particularmente por la oferta de vivienda. Y, segundo punto importante, la movilidad residencial contribuye a la creación de esta oferta a través de los inmuebles liberados por las mudanzas: una parte creciente de la oferta de vivienda viene de la movilidad residencial de la población y ya no tanto de la producción nueva. Así, en 1991, 181 mil hogares entre 1,3 millones localizados en Bogotá han cambiado de vivienda mientras que en ese mismo año solamente se produjeron 49 mil viviendas nuevas.⁶ En comparación con los inmuebles liberados por las mudanzas en el Distrito Capital, la construcción de viviendas nuevas solamente juega un papel secundario en la formación de la oferta. Como se ve, el desafío no es solamente describir los comportamientos residenciales de los ciudadanos latinoamericanos en sí mismos, sino también comprender la producción y las transformaciones del espacio urbano.

6 Los resultados de la última *Encuesta de calidad de vida* de Bogotá en 2007 confirman la intensidad de la movilidad residencial: durante los dos años previos a la encuesta, 21% de los habitantes del Distrito Capital cambió de vivienda, de los cuales el 39% cambió de alcaldía local (DANE-Alcaldía de Bogotá, 2008).

Recuadro 2. La movilidad residencial intraurbana, escasamente medida

La importancia de la movilidad residencial intraurbana en las ciudades del sur ha permanecido oculta por el déficit de datos estadísticos y por un enfoque centrado en las manifestaciones más visibles del crecimiento urbano: el incremento demográfico nutrido por la migración de origen rural y la expansión periférica ligada a la urbanización ilegal.

En efecto, las estadísticas demográficas a menudo se detienen “en las puertas de la ciudad”, y desafortunadamente este el caso de Bogotá. A excepción de la *Encuesta de calidad de vida* de Bogotá de 2007, el sistema estadístico colombiano encargado de la realización de los censos y de las encuestas demográficas no contabiliza sino los cambios de residencia que conllevan un cambio de unidad político-administrativa: solamente este tipo de cambio corresponde a la definición demográfica de migración, tal como está planteada por los organismos internacionales. Varias aglomeraciones urbanas con millones de habitantes como Bogotá constituyen una sola entidad administrativa. El resultado es que, con frecuencia, se sabe menos sobre la movilidad residencial en las grandes urbes que en las localidades rurales con solamente unas centenas de individuos. En algunos casos en los censos recientes, se miden los movimientos residenciales internos en las grandes aglomeraciones (por ejemplo, en México, Santiago o Brasil). Pero aún estas mediciones son altamente insuficientes para aprehender correctamente la movilidad intraurbana en las ciudades en las que la característica de estos movimientos es que a menudo se realizan a distancias cortas: la mayor parte de estas mudanzas escapan al registro estadístico.

El déficit de datos sobre la movilidad intraurbana permaneció invisible por mucho tiempo; eran muy escasas las voces que se hacían oír para denunciar los sesgos introducidos por esta situación: en los comienzos del proceso de urbanización durante las décadas de crecimiento rápido de las ciudades, tanto la investigación como la gestión urbanas encontraban en las estadísticas disponibles la información necesaria para sus análisis. Pero en América Latina, donde el proceso de urbanización contemporáneo es muy precoz en comparación con el resto del mundo en desarrollo, las transformaciones de los espacios ya construidos y la movilidad intraurbana en las grandes urbes se han convertido en los principales factores de cambio, como en Europa.

Fuente: Dureau, 2004.

Movilidad residencial de proximidad ligada al ciclo de vida

El ciclo de vida es considerado generalmente como uno de los principales factores de movilidad residencial, pues permite a las familias adaptar su vivienda a los cambios en la composición familiar (Rossi, 1980; Bonvalet, 1990; Clark y Dieleman, 1996). Los resultados de las encuestas aplicadas en Bogotá confirman esta observación: el establecimiento o la disolución de una unión conyugal, el nacimiento de los hijos, la muerte de algún pariente, con frecuencia son evocados en las encuestas como razones explicativas de las mudanzas. De manera general, las grandes desigualdades económicas en la población citadina latinoamericana se expresan en considerables diferencias en materia de fecundidad y de mortalidad: a pesar de que residen en la capital, que tiene los mejores indicadores de salud del país, las familias pobres de Bogotá tienen una fecundidad comparable con la que predomina en el campo y una muy acentuada sobremortalidad masculina en edades adultas, ligada a los homicidios y a las muertes accidentales⁷ (Dureau y Florez, 1996). Estos comportamientos demográficos tan diferentes contribuyen a acentuar la diversidad de prácticas residenciales entre los grupos sociales. La inestabilidad familiar muy aguda en la población pobre de Bogotá es también un elemento explicativo de su movilidad residencial.

¿Cuáles son las relaciones entre movilidad residencial y modalidad de ocupación de la vivienda, y las variaciones de intensidad de la movilidad según los grupos sociales? El análisis estadístico de la encuesta biográfica aplicada en Bogotá ofrece un primer conjunto de respuestas (Dealaunay y Dureau, 2004):

- Dos de cada tres individuos se mudan conservando la misma modalidad de ocupación de la vivienda, lo que pone en duda la avocación que se establece tal vez de manera excesiva entre movilidad residencial y acceso a la propiedad residencial.

7 Esta constatación conserva su actualidad: en 2005, la fecundidad entre los más pobres era de cuatro hijos por mujer (primero y segundo quintiles de ingreso) y de 1,8 entre los más ricos (cuarto y quinto quintil) (Dureau y Florez, 2008).

- No todos los cambios en la modalidad de ocupación de la vivienda son progresivos, del alquiler a la ocupación en propiedad: uno de cada cinco movimientos de propietarios de ocupación son hacia el estatus de inquilino. De nuevo, los resultados ponen en duda la trayectoria ascendente que generalmente se tiene como referencia.
- Globalmente no existen diferencias de intensidad de la movilidad según los niveles de ingreso de los hogares, pero un análisis que tenga en cuenta la modalidad de ocupación de la vivienda evidencia las diferencias entre la movilidad escogida por las capas acomodadas y la movilidad padecida de los sectores populares: la propiedad de la vivienda estabiliza mucho más a los más pobres, que son también los inquilinos más móviles.⁸ Este resultado confirma lo hallado por R. Mohan (1994) en la década de los sesenta, y más recientemente por A. Gilbert (1999 y 2001) en una encuesta realizada en 1997 en los barrios autoconstruidos de Bogotá.

Otros resultados tienen que ver con la distancia de los movimientos residenciales. Los desplazamientos intraurbanos se realizan de manera predominante en distancias cortas: las observaciones referentes a Bogotá coinciden plenamente con lo que se percibe para las ciudades francesas. Ya hemos evocado la importancia de las redes familiares en las decisiones de localización residencial: a lo largo de sus trayectorias residenciales, los habitantes conservan la cercanía con sus familiares y con otro tipo de relaciones. Las encuestas biográficas realizadas en Bogotá muestran que no importa cuál sea el grupo social considerado,

las redes de relaciones sociales y familiares [...] determinan, dentro del espacio construido financieramente asequible para cada grupo social, un espacio de movilidad residencial relativamente preciso (Dureau, 2002a: 101).

8 Este resultado acerca de una mayor movilidad de los inquilinos con respecto a los propietarios coincide con las observaciones hechas en las ciudades europeas (Clark y Dieleman, 1996). En contraste, algunos autores sostienen que existe una relativa estabilidad entre los inquilinos de las zonas centrales de las ciudades latinoamericanas en comparación con los arrendatarios de las áreas periféricas (Gilbert, 1997): dada la ausencia de precisión sobre la naturaleza de estos datos y las ciudades a las que se refiere esta afirmación, se puede plantear la hipótesis de que se trata de un efecto de composición de las poblaciones consideradas en la comparación, pues los arrendatarios de las zonas centrales son una población nítidamente más vieja que los inquilinos en la periferia.

Para los migrantes (aquellos que no son nativos de Bogotá o de su periferia metropolitana), la localización de su primera residencia en Bogotá está fuertemente determinada por su condición social y por las redes de ayuda mutua en las cuales se apoya: esto es decisivo para definir su trayectoria habitacional ulterior. De forma cuasi sistemática, los migrantes reciben ayudas importantes de parientes y amigos a su llegada a la capital: las redes familiares y de amistad les permiten ser alojados durante períodos variables, que oscilan entre unos cuantos días o varios meses. Esta primera residencia juega un papel idéntico al que desempeña para los nativos de Bogotá el domicilio de sus padres: en buena medida define el espacio de movilidad residencial posterior.

Historias familiares e historias de la ciudad: las trayectorias residenciales en las ciudades en movimiento

En una ciudad plétórica de crecimiento como Bogotá, los itinerarios residenciales de las familias están imbricados íntimamente al movimiento de expansión y a los cambios en la configuración urbana: las prácticas residenciales están fuertemente moldeadas por un contexto en evolución permanente. Dependiendo de la etapa de desarrollo de la ciudad, una misma aspiración residencial tiene expresiones geográficas diferentes: de esta manera, en la época en la cual las parejas jóvenes de las capas populares buscan una vivienda independiente, la proximidad del domicilio de los padres será más o menos favorecido de acuerdo con la condición en esa etapa del parque inmobiliario próximo a la residencia de estos parientes. Paralelamente, los cambios en las aspiraciones residenciales de ciertas categorías sociales o los cambios en la composición de la población constituyen el motor de ciertas transformaciones en la configuración urbana: el interés reciente de las clases altas por localizaciones más centrales es, de esta manera, el origen de importantes transformaciones en los barrios centrales y pericentrales.

Para entender estas dinámicas urbanas, es decir, para aprehender estas relaciones recíprocas entre las prácticas residenciales de los ciudadanos y las transformaciones de los espacios urbanos, nos apoyaremos en algunos análisis del corpus de la información reunida sobre Bogotá, adecuada

especialmente para desarrollar este enfoque: datos individuales de tres censos de población y de vivienda (1973, 1985, 1993), trayectorias residenciales, familiares y profesionales de 1.031 hogares y entrevistas en profundidad de una submuestra (recuadro 1). A partir de esta información, es posible registrar, de manera concreta, este juego complejo de relaciones entre las historias residenciales y las historias de los lugares.

A partir de estas observaciones, se presentarán cuatro trayectorias residenciales típicas que ilustran procesos en marcha en Bogotá:⁹

- La primera de ellas se refiere al itinerario de acceso a la propiedad de las familias más pobres a través de la autoconstrucción periférica: un itinerario clásico pero cuyo desenvolvimiento espacial ha evolucionado con el desarrollo de la ciudad.
- La segunda da cuenta de la trayectoria de familias de clase media que se instalan en conjuntos residenciales cerrados en áreas periféricas que antes eran casi exclusivamente populares. Como lo hemos visto, este fenómeno toma amplitud particular en los años noventa en Bogotá, de manera similar a lo que se ha detectado en otras grandes ciudades latinoamericanas.
- La tercera ilustra la emigración residencial de familias de clase alta hacia localidades periféricas todavía poco afectadas por la expansión urbana, un movimiento que es antiguo pero cuyas formas arquitectónicas han evolucionado a los largo de estas décadas.
- Otras familias ricas hacen una elección diferente, la del “retorno” hacia lugares más centrales: el cuarto ejemplo ilustra esta opción residencial relativamente nueva en una ciudad signada históricamente por el abandono del centro por parte de la burguesía local.

Finalmente evocaremos en un último acápite las trayectorias marcadas por la inmovilidad residencial. Con frecuencia se olvida que los habitan-

⁹ Estos ejemplos se presentan de manera más completa en Dureau y Hoyos, 1994; Dureau y Lulle, 1998.

tes sedentarios también experimentan las transformaciones en su situación residencial, a veces de manera más intensa que aquellas que viven los ciudadanos móviles.

*Del nomadismo en el sector de alquiler a la ocupación ilegal de tierras:
una trayectoria compartida por los migrantes y nativos de Bogotá*

La gran mayoría de las familias residentes en los barrios periféricos de Bogotá está conformada por migrantes nacidos fuera del área metropolitana. Estos migrantes no se instalaron directamente en estos barrios: ellos han pasado primero por una fase en el sector de vivienda en alquiler. En efecto, las ocupaciones ilegales de tierra generalmente no las llevan a cabo migrantes recientes: estas prácticas suponen la existencia de una red de relaciones que permitan acceder a información decisiva para estos procesos, lo cual no es fácil de conseguir por los migrantes recientes. El itinerario del migrante inquilino no se limita, en tiempos recientes, a piezas arrendadas en las grandes mansiones de los barrios centrales abandonadas por las clases afluentes. Con la saturación del mercado de alquiler en el centro y con el desarrollo del mercado de alquiler que acompaña la consolidación de barrios periféricos, disminuye la proporción de migrantes que se instalan inicialmente en los sitios centrales y se vuelve minoritaria con respecto a los que provienen de viviendas alquiladas en las áreas periféricas de la ciudad o en las zonas vecinas.¹⁰

10 Se trata de un resultado bien establecido en la literatura científica, corroborado en numerosas capitales latinoamericanas (Gilbert, 1991: 88).

Recuadro 3. Jorge y Dora, propietarios en el barrio Villa Mercedes (Altos de Cazucá, Soacha), participantes en la invasión del terreno

Jorge tiene 41 años. Llegó a Bogotá desde su pueblo natal Moniquirá con tres de sus hermanos cuando eran jóvenes. Dora, su esposa de 38 años, llegó sola a Bogotá a la edad de 15 años proveniente de su natal Tocaima para trabajar en la casa de uno de sus hermanos que "tiene dinero".

Jorge y Dora se conocieron y se casaron en Bogotá veinte años atrás. Tienen dos hijos que viven con ellos: Willian y Lady Yohana Marcela, de 17 y 14 años respectivamente. Después de su matrimonio se instalaron en piezas alquiladas en el barrio Veinte de Julio, luego en el sur de la ciudad. En el barrio Olarte residieron en cuatro lugares diferentes.

En una ocasión intentaron instalarse en una invasión en el barrio Atahualpa, pero sin éxito: "Allá fue terrible porque no nos dejaron invadir". Sin embargo, en ese episodio conocieron una mujer a la que llamaban "la Mama grande", quien años más tarde les suministró la información sobre la invasión en Altos de Cazucá y de la posibilidad de conseguir un terreno allá afiliándose a la Central Provivienda. De esta manera, compraron en 1990, por la suma de 150 mil pesos, el terreno en que viven actualmente. Como Jorge no sabía nada de construcción, pagaron por la edificación de su casa en madera, que consiste en una pieza con dos camas.

Jorge es fotógrafo desde hace veinte años. Dora fue vendedora ambulante en una calle del barrio Venecia durante cinco años. Desde hace dos años se empleó como doméstica en una casa del norte de Bogotá y a veces se queda a dormir allá para cuidar a los niños de sus patronos. En el futuro piensa abrir un local en su casa para vender implementos escolares. Todos los días Jorge y Dora salen muy temprano de su casa. Sus hijos estudian en horarios diferentes. William, que es muy mal estudiante, piensa abandonar sus estudios y trabajar como vendedor ambulante en el centro, lo que ya ha hecho en algunas ocasiones. Su hermana, muy estudiosa, recorre un largo trayecto para estudiar en el colegio del barrio Olarte al que asistía desde cuando su familia vivía en ese barrio.

Fuente: Dureau y Hoyos, 1994.

Foto 3. Bogotá: Villa Mercedes, una invasión en los Altos de Cazucá



(M. C. Hoyos, 1996).

De esta forma, los barrios que experimentaron una fase inicial de poblamiento por parte de familias de Bogotá —nacidas en la ciudad o migrantes antiguos— que enfrentaron sus problemas de alojamiento a través de ocupaciones ilegales en Soacha, viven hoy el comienzo de una fase de maduración demográfica. Los barrios más consolidados comienzan a recibir en viviendas de alquiler a migrantes que llegan directamente del exterior del área metropolitana: los hogares jóvenes de bajos recursos de Bogotá pueden resolver de esta forma sus necesidades habitacionales. El agotamiento de las opciones de alquiler dentro del Distrito Capital, articulado a la aparición de una oferta en las áreas consolidadas de las municipalidades periféricas desemboca en la emergencia de trayectorias residenciales más concentradas tanto en términos espaciales como temporales: un paso más rápido del alquiler a la autoconstrucción y dentro de un mismo espacio periférico. La proximidad de las zonas de alquiler y las de invasión contribuye a acortar el itinerario de los inquilinos que previamente se estructuraba con frecuencia alrededor de dos momentos: una fase inicial en el centro de Bogotá, y luego otra fase en la periferia, durante la cual se construye la vivienda propia en una urbanización clandesti-

na vecina. El proceso de consolidación de los barrios ilegales constituye el elemento central de esta evolución, lo que ya ha sido registrado para el caso de México (Coulomb, 1988).

La movilidad residencial de los arrendatarios de periferia es más intensa incluso que la de los residentes en los inquilinatos del centro: en 1993, en Soacha, al suroeste de Bogotá, 12% de los inquilinos adultos ocupó al menos tres viviendas distintas durante el año. El cambio frecuente de piezas de alquiler es una práctica muy extendida entre quienes no pueden pagar el canon, ya sea que se trate de una estrategia de fuga para eludir el cobro o de la expulsión de la vivienda por parte del propietario al no recibir el pago correspondiente. Un segundo factor de movilidad tiene que ver con problemas en las relaciones de vecindad que, dadas las condiciones de promiscuidad de los inquilinatos, hacen parte de la vida cotidiana: son una de las razones frecuentes de las mudanzas y constituyen una base importante del deseo de hacerse a una casa propia. Finalmente, la ya mencionada inestabilidad de las unidades familiares más pobres de la capital colombiana contribuye notablemente a su movilidad residencial.

El asentamiento de hogares de clase media en barrios cerrados de la periferia sur, a costa de una marcada expansión de su espacio cotidiano

A pesar de que la vía de salida de Bogotá hacia el sur tradicionalmente estaba bordeada de manera exclusiva de industrias y de barrios populares autoconstruidos, a comienzos de los años noventa hizo su aparición, en los alrededores de los barrios populares de Soacha, un fenómeno nuevo que ya hemos mencionado. Comienzan a surgir conjuntos de edificios o de casas con todos los atributos exteriores de la vivienda para clase media: parqueaderos, espacios verdes, parques infantiles privados, antenas parabólicas, cerramientos metálicos y sistemas de vigilancia. En el marco del proyecto de urbanismo Ciudad de los Héroes, varias empresas se repartieron entre ellas las tierras de una antigua hacienda y comenzaron a construir estas viviendas. A pesar de que los promotores se beneficiaron del sistema de apoyo estatal a la vivienda social, estos barrios son clasificados en la categoría de “vivienda media” para el cobro de las tarifas de

servicios públicos; además, se ha hecho evidente en los últimos años una clara tendencia a la elevación del rango social de estas residencias. Las características de sus habitantes muestran que los promotores han logrado sus objetivos: se observa una ocupación muy veloz por parte de una población de alrededor de 50 mil habitantes, con una alta proporción de técnicos y empleados medios.

Estas viviendas son ocupadas casi exclusivamente por hogares que vivían antes en Bogotá, dos tercios de ellos en el pericentro y un cuarto en la periferia occidental: su itinerario intraurbano se desarrollaba en los barrios que tenían una oferta de vivienda en alquiler para capas medias, con un progresivo abandono del centro a favor de las áreas más periféricas. La migración a Soacha se inscribe claramente en un proceso de acceso a la propiedad: la gran mayoría (83%) de las viviendas son ocupadas por sus propietarios que, en el caso más frecuente, han contraído un préstamo para su adquisición. El precio relativamente moderado de estas viviendas —que al mismo tiempo tienen los atributos de “conjunto cerrado” tan valorizados y que se benefician de un buen servicio vial con la cercanía a la autopista— las hace muy atractivas, como lo muestra su muy rápida ocupación una vez terminada su construcción. Estas viviendas, situadas en la jurisdicción municipal de Soacha, constituyen de manera indudable una nueva opción residencial para las clases medias de la capital, que se agrega a las áreas internas al Distrito Capital para estas capas.

Sin embargo, estos grupos de clase media que trasladan su vivienda a Soacha siguen en lo esencial desarrollando sus actividades en el Distrito Capital. El 93% de los hombres y el 100% de las mujeres que trabajan fuera de su domicilio lo hacen en Bogotá. Más del 90% de los alumnos de primaria, y todos los de secundaria, estudian en instituciones educativas de Bogotá, la mitad de ellos en colegios del pericentro sur y el resto en colegios del pericentro norte o en la periferia occidental. El desfase que existe entre las expectativas de los padres en materia de educación y los rasgos de la oferta local ha hecho que los tiempos de transporte de los estudiantes de Soacha sean netamente superiores a lo correspondiente a los estudiantes del mismo nivel social ubicados en el Distrito Capital. También son claramente superiores a los de sus vecinos de menores ingresos de Altos de Cazucá, estos últimos siendo escolarizados en Soacha (figura 1). Para los hombres, residir en Soacha no se traduce en un dete-

rioro notable de las condiciones de transporte al trabajo; al contrario, una proporción importante de ellos trabaja en el centro y el sur de la capital y un cuarto de ellos usa su propio vehículo para ir al trabajo. Son las mujeres las que pagan la decisión de localizarse en Soacha: además de una inserción profesional débil, se observa que la población femenina que trabaja paga un costo enorme por ello en términos de tiempo de desplazamiento (49 minutos en promedio) que se hace por lo general en transporte colectivo. Más de la mitad de ellas pierden más de una hora para llegar al lugar de trabajo mientras que solamente una cuarta parte de los hombres activos que viven en Soacha están en la misma situación.

Recuadro 4. Raúl y Flor, propietarios en un conjunto cerrado en Soacha

La familia está integrada por los padres, Raúl y Flor (51 y 52 años), por un hijo de Flor, Antonio (28 años) y por un hijo adoptivo de 7 años de edad.

Flor nació en el campo, en Vélez (Santander), donde todavía vive su padre: llegó a Bogotá en 1958: "Me vine porque quedé embarazada y mi padre me echó de la casa". Primero vivió donde su abuela y allí tuvo a su hija: ella está casada y vive en Santander. Flor vivió siempre en arriendo y con la ayuda de sus amigas encontró empleo. Su hijo Antonio nació cuando trabajaba en el Casino Lafayette.

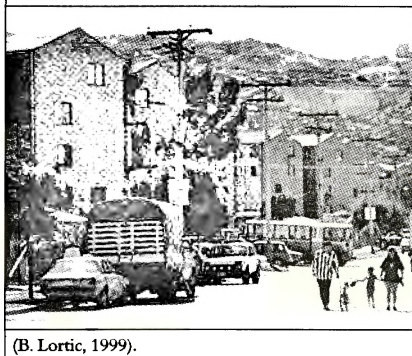
Flor conoció a Raúl hace veinte años cuando él regresaba de Venezuela donde había vivido por trece años. Desde ese tiempo viven juntos, aunque se casaron legalmente hace siete años. Cuando comenzaron su vida en común vivieron en Las Cruces, luego en Bonanza y Carvajal, en apartamentos alquilados. Gracias a un anuncio en el periódico *El Espacio*, supieron de las casas que se vendían en Soacha; se decidieron a comprar porque les gustó el tamaño (cuatro habitaciones, dos baños, sala, comedor, patio) y también la cercanía a la autopista. Compraron su casa (considerada como "vivienda social") con un crédito de 8 millones de pesos con una entidad financiera y con un plazo de 15 años. Raúl y Antonio pagan la cuota de 120 mil pesos mensuales. Consideran que hicieron un buen negocio y están satisfechos de estar en un vecindario de "profesionales".

Desde hace dieciséis años la familia trabaja en la comercialización de frutas. Al comienzo Flor y Raúl trabajaban en la Plaza de Las Flores y después Raúl pasó a trabajar en Corabasto, el mercado mayorista situado al sur-oeste

de Bogotá. Hace cinco años, cuando terminó su servicio militar, Antonio, que conocía el negocio, entró a trabajar por su cuenta a Corabastos. Hoy en día los dos hombres comercian con fresas al por mayor en el mismo mercado, en diferentes locales arrendados. El sueño de los dos es comprar un local en Corabastos y un camión para comprar la fruta directamente en los sitios de producción. Flor ya no trabaja y se dedica al cuidado de la casa.

Fuente: Dureau y Hoyos, 1994.

Foto 4. Conjuntos cerrados de Soacha
junto a los Altos de Cazucá



*El traslado de familias de clases acomodadas a Chía,
municipalidad verde al norte de Bogotá*

El caso de Chía (foto 5), un municipio contiguo al Distrito Capital de Bogotá hacia el norte, es particularmente ilustrativo de familias de altos ingresos que buscan una mejor calidad de vida en las afueras de la ciudad al precio de un notable incremento de los desplazamientos cotidianos. El crecimiento demográfico de este municipio, que era fundamentalmente rural a comienzos de los años setenta, se acelera bruscamente y su tasa anual se mantiene desde entonces en un nivel superior al 8%. Desde hace

treinta años, Chía acoge población que abandona Bogotá. De los habitantes que residían en ese municipio en 1993, cerca de un tercio vivía allí hacía menos de cinco años. De acuerdo con la encuesta aplicada en ese momento, el poblamiento de Chía se alimenta, al menos en la mitad, por parte de personas que dejaron sus viviendas en la capital. Los barrios de Bogotá de donde provienen estas familias que se trasladan a Chía todos ellos están situados en el sector norte de la capital.

Se debe hacer una mención especial a un grupo pionero en este movimiento de traslado de Bogotá a Chía, los “Ecolós”, según la denominación usada por M. C. Hoyos (1996) que los describe como personas

que se caracterizan por un gran apego a la naturaleza, a la vida sana, pero con ciertas comodidades, un poco de arte y de fiesta, combinadas con la vida de pueblo, sin por ello alejarse demasiado de la ciudad —lugar de trabajo y de ludismo— gracias a una localización cercana a los centros culturales experimentales que existen en Chía (1996: 140).

Ellos comienzan generalmente por alquilar una casa que después reemplazan por una casa construida por ellos para ser ocupada en propiedad. Sus hijos van a los centros de estudios del municipio y no a los colegios prestigiosos que se han instalado en Chía recientemente. A pesar de que esta es una población muy minoritaria, está lejos de ser irrelevante: son la vanguardia de un movimiento de expansión residencial de los habitantes de Bogotá. Para ellos “el retorno al campo” comenzó en los años setenta, mucho antes que la ola de doblamiento actual. La antigüedad de su presencia en Chía y su modo de vida han contribuido de manera activa a “mezclar las fronteras entre campo y ciudad” (Le Glean y otros, 1996) tanto en los hechos como en el imaginario de los habitantes de Bogotá.

Foto 5. La plaza central de Chía



(D. Delaunay, 2001).

Un segundo segmento de quienes emigran a Chía y que es mayoría al nivel del municipio lo constituye la población de los conjuntos cerrados construidos en serie alrededor del centro urbano de Chía. Las entrevistas realizadas a los empleados que trabajan fuera del municipio permiten profundizar la comprensión de los comportamientos de estos hogares. Además de que se trata por lo general de familias con hijos jóvenes, una de sus características comunes es que tienen profesiones que les permiten una cierta comodidad en el manejo de su tiempo o que eventualmente trabajan en casa. Como disponen de vehículo privado y no están obligados a circular en las horas pico, el hecho de residir en la periferia no implica que tengan que enfrentar tiempos de desplazamiento más elevados que los hogares de categorías similares que habitan el norte de Bogotá. Al margen de los hechos, la percepción que estos ocupantes de los conjuntos cerrados tienen de la cuestión del tiempo es muy significativa: aun aquellos con ingresos suficientes para vivir en apartamentos de lujo del pericentro norte nunca hacen esta comparación, lo que revela que lo que estas familias buscan es sobre todo un modelo de hábitat, la casa individual con su jardín: las pocas zonas de Bogotá en las que todavía existe una oferta de este tipo para los sectores acomodados están situadas muy al norte e implican también extensos tiempos de viaje al empleo. Por lo tanto, para las familias acomodadas con niños pequeños que deciden vivir en conjuntos cerrados, Chía es una buena opción. A veces se esgrime el argumento financiero para justificar esta elección, pero parece relativa-

mente secundario con respecto a consideraciones relativas a la calidad de vida. Sin duda, son las características del entorno las que motivan el traslado residencial de estos grupos para quienes la ciudad es objeto de todos los calificativos negativos.

El regreso de familias de altos ingresos a barrios más centrales¹¹

Ante el alargamiento de los tiempos de transporte hasta niveles considerados excesivos, muchas familias de altos ingresos en las que los dos miembros de la pareja trabajan eligen vivir en zonas más centrales, cerca del centro de negocios de la avenida Chile, en el pericentro norte de Bogotá (foto 6). Las parejas que se instalan en esos barrios (Rosales y Chapinero) tienen, por una parte, empleos y lugares de trabajo estables, y por otra, disponen de los recursos económicos necesarios para escoger su lugar de residencia. En 1993, más de la mitad de la población activa que residía en Rosales trabajaba en la alcaldía local de Chapinero, y otra tercera parte en las alcaldías contiguas. La proximidad entre el lugar de residencia y el de empleo es aún más acentuada para los jefes de hogar instalados recientemente en la zona. En Rosales, el 88% de los jefes de hogar que se mudaron en 1993 trabajaban en la alcaldía de Chapinero, mientras que esta proporción no era sino del 47% para quienes llevaban entre uno y diez años de residencia allí, y del 24% para quienes vivían allí durante un período mayor a diez años. En 1993, el tiempo promedio de desplazamiento entre la residencia y el trabajo era de 25 minutos para las familias que vivían en Rosales, y lo correspondiente para el desplazamiento casa-lugar de estudio era de media hora. En la misma fecha, los adultos que vivían en el extremo norte de Bogotá dedicaban entre 45 y 50 minutos para ir de sus casas al trabajo, y sus hijos gastaban también una media hora para llegar a sus colegios. Es claro que el acercamiento al lugar de empleo se convierte en un parámetro determinante en la elección de residencia. Este recentramiento residencial tiene lugar frecuentemente a través de la adquisición de una vivienda: en 1994, en Rosales, tres cuartas partes de las viviendas nuevas terminadas en el año anterior estaban ocupadas por sus propietarios.

Foto 6. La multiplicación de edificios de lujo en el pericentro norte



(F. Dureau, 2000).

Es cierto que una veintena de años atrás ya se había dado un primer movimiento de retorno al centro por parte de familias afluentes que se instalaron allí desde comienzos de los años setenta en la Macarena o en las Torres del Parque (barrios situados inmediatamente al norte del centro histórico), pero no tenía la amplitud de lo que se vive actualmente y respondía a mecanismos muy distintos. En ese entonces se trataba de intelectuales y de artistas que querían romper con el estilo de vida imperante en la burguesía tradicional de Bogotá: en la Macarena y sus alrededores encontraban un lugar adecuado para efectuar esta ruptura donde se beneficiaban de la proximidad del centro histórico y donde se concentraba la mayor parte de las actividades culturales y en donde podían convivir con otros grupos sociales (Ospina, 1981). El movimiento hacia Chapinero a finales de los años ochenta es bastante menos ideológico: Rosales y los barrios vecinos se han convertido en una nueva opción residencial entre otras más al norte, para las clases de mayores ingresos, ligadas a un cálculo de los tiempos de transporte en los hogares en los cuales los dos padres trabajan. Ahora bien, a pesar de que el desplazamiento hacia Chapinero involucra un mayor número de personas que el de la Macarena, esta nueva lógica de localización de las capas acomodadas no puede generalizarse al conjunto de ellas: lo habíamos visto antes, otras familias afluentes siguen prefiriendo localizaciones más lejanas, incluyendo a otros municipios (Cota, Chía) que ofrecen ventajas ambientales y de calidad de vida con respecto a Bogotá.

Cambiar de contexto residencial sin desplazarse geográficamente

La última trayectoria que quisiéramos evocar es la inmovilidad geográfica. En aquellos contextos en los que el mercado de vivienda es poco fluido, la movilidad se reduce necesariamente y los hogares no pueden materializar sus preferencias residenciales. Las posibilidades que ofrecen ciertos lugares se tornan inaccesibles para aquellos que no están ya localizados allí. Más precisamente, ciertas categorías de población se ven condenadas a la inmovilidad durante un período de su vida. Algunos ciudadanos pueden también elegir la inmovilidad si la evolución de su lugar de residencia les proporciona mayor satisfacción que otras localizaciones. El sedentarismo residencial puede dar la oportunidad de realizar ciertos cambios que la movilidad no permitiría: los habitantes de barrios centrales o pericentrales en proceso de gentrificación pueden beneficiarse con las transformaciones de su contexto residencial sin tener que invertir por su cuenta, como sería el caso si se trasladaran a un barrio más valorizado socialmente (Dureau y otros, 2006).

Que la inmovilidad sea buscada o padecida no implica la ausencia de cambios para los sedentarios; en una ciudad en plena evolución en la que las mutaciones demográficas, sociales, urbanísticas se producen con ritmos acelerados, ciertos hogares inmóviles pueden ser objeto de enormes cambios en sus lugares de residencia. En esta época en la que se valoriza tanto la movilidad, es importante no ignorar a los ciudadanos inmóviles y los grandes cambios que ellos afrontan: la dinámica de sus trayectorias residenciales son el reflejo de profundas transformaciones experimentadas por Bogotá desde mediados del siglo XX.

Conclusiones

La movilidad residencial se ha convertido hoy en un componente muy importante de la dinámica urbana de Bogotá. Las decisiones residenciales y los desplazamientos que de allí se derivan no obedecen exclusivamente a mecanismos económicos. Las restricciones económicas definen un conjunto de opciones residenciales accesibles financieramente a las diferentes categorías sociales y aún las más modestas toman decisiones en

las que la familia tiene una importancia crucial. La valoración de la proximidad familiar en la movilidad residencial, ligada íntimamente al ciclo de vida, a veces se contrapone a las mutaciones de una ciudad “en obra” que, en su fase de crecimiento acelerado, genera movimientos centrífugos de gran calado. En una ciudad como Bogotá, las historias individuales y la historia de la ciudad se desarrollan con ritmos temporales comparables, lo que introduce particularidades a las relaciones entre las dinámicas individuales y las dinámicas territoriales.

Bibliografía

- Bonvalet, C. (1990). “Accession à la propriété y cycle de vie”, en: C. Bonvalet y A. M. Fribourg. *Stratégies résidentielles. Actes du séminaire organisé par Catherine Bonvalet et Anne-Marie Fribourg*. París: INED-Plan Construction et Architecture-MELTM, Coll. Congrès et Colloques, 2: 129-137.
- Bonvalet, C. y A. M. Fribourg (1990) [1988]. *Stratégies résidentielles. Actes du séminaire organisé par Catherine Bonvalet et Anne-Marie Fribourg*. París: INED-Plan Construction et Architecture-MELTM, Coll. Congrès et Colloques, 2.
- Bonvalet, C. y F. Dureau (2002). “Los modos de habitar: unas decisiones condicionadas”, en: F. Dureau y otros (coord.). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfaomega (Economía de América Latina): 69-87.
- Carrión, Fernando (2002). “Quito”, en: F. Dureau y otros (coord.). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfaomega (Economía de América Latina): 465-472.
- Clark, W. y F. Dieleman (1996). *Households and housing. Choice and outcomes in the housing market*. New Jersey: Rutgers University, Center for Urban Policy Research.
- Coulomb, R. (1988). “Logement locatif y dynamique de l’habitat dans la ville de México”. *Revue de Géographie de Lyon*, 1: 55-68.
- DANE, Alcaldía Mayor de Bogotá D. C. (2008). *Encuesta calidad de vida Bogotá 2007. Resultados preliminares*. Bogotá: DANE, Alcaldía Mayor de Bogotá D. C., Secretaria Planeación.

- Delaunay, D. y F. Dureau (2004). "Componentes sociales y espaciales de la movilidad residencial en Bogotá". *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, 55: 77-113.
- Dureau, F.; Florez, C. E. y M. C. Hoyos (1994). "El programa de investigación Cede/Orstom sobre las formas de movilidad de las poblaciones de Bogotá y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana: metodología del sistema de encuestas". *Revista Desarrollo y Sociedad*, 34: 73-94. Bogotá.
- Dureau, F. y M. C. Hoyos (1994). "Soacha: un barrio de Bogotá. Movilidad y acceso a la vivienda de la población de los sectores orientales del municipio". *Revista Desarrollo y Sociedad*, 34: 95-147. Bogotá.
- Dureau, F. y C. E. Florez (1996). "Dynamiques démographiques colombiennes: du national au local", en: J. M. Blanquer y C. Gros (eds.). *La Colombie à l'aube du 3ème millénaire*. París: IHEAL: 139-166.
- Dureau, F. y T. Lulle (1998). "Fiche B: Mobilités spatiales y transformations territoriales à Bogotá", en: *Actes de l'Atelier international métropoles en mouvement: les interactions entre formes de mobilité y recompositions territoriales à l'épreuve de la comparaison internationale*. París: IRD-CNRS/Programme Ville-Réseau Socio-Economie de l'Habitat, 2-4, diciembre (versión policopiada y disponible en Internet).
- Dureau, F.; Lulle, T. y A. Parias (1998). "Las transformaciones de los barrios de clase alta en Bogotá: nuevas lógicas y estrategias de producción de vivienda en un marco reglamentario altamente permisivo". *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y territorio 1993-1997*. Bogotá: Carlos Valencia Editores / DNP, FINDETER, ACIUR: 372-406.
- Dureau, F. (1999). "Les mobilités à géométrie variable des habitants de Bogotá". *Espaces, Populations, Sociétés*, 2: 329-344.
- Dureau, F. y C. E. Florez (1999). "Encuestas mobilité spatiale à Bogotá y dans trois villes du Casanare", en: GRAB (ed.). *Biographies d'enquête. Bilan de 14 collectes biographiques*. París: INED, PUF, Coll. Méthodes y Savoirs, 3: 241-278.
- Dureau, F.; Dupont, V.; Lelièvre, E.; Lévy, J. P. y T. Lulle (coords.) (2002). *Métrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfa-omega (Economía de América Latina).
- Dureau, F. (2002a). "Bogotá: unas estrategias residenciales muy diversas marcadas por un dominio desigual del espacio", en: F. Dureau y otros

- (coord.). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfaomega (Economía de América Latina): 96-102.
- Dureau, F. (2002b). "Les systèmes résidentiels: concepts y applications", en: J. P. Lévy y F. Dureau (dirs.). *L'accès à la ville. Les mobilités spatiales en question*. París: L'Harmattan, Coll. Habitat y Sociétés: 355-382.
- Dureau, F. (2004). "Croissance y dynamiques urbaines dans les pays du Sud". *Rapport Population y Développement, Le Caire +10, La situation dans les pays du sud*. París: Ceped: 203-225.
- Dureau, F. y D. Delaunay (2005). "Poblamiento, acceso a la vivienda y trayectorias residenciales en Bogotá y Soacha (1973-1993): resultados preliminares", en: V. Gouëset y otros. *Hacer metrópoli. La región urbana de Bogotá de cara al siglo XXI*. Bogotá: Universidad Externado de Bogotá: 19-64.
- Dureau, F. (2006). "Habiter la ville: stratégies y mobilités résidentielles", en: F. Dureau; V. Gouëset y E. Mesclier. *Géographies de l'Amérique latine*. Rennes: PUR, Col. Espace y Territoires: 263-292.
- Dureau, F.; Beauchemin, C.; Coubes, M. L. y D. Delaunay (2006). "Les mobilités spatiales dans des contextes en évolution: analyse croisée de deux dynamiques", en: GRAB. *Le passage des seuils, observation y traitement du temps flou*. París: INED, Coll. Méthodes y Savoirs: 157-194.
- Dureau, F. y C. E. Florez (2008). *Bogotá: dinámica demográfica y espacial. Communication à l'Atelier du projet METAL (Métropoles d'Amérique latine dans la mondialisation)*. Santiago de Chile, 1-5 septiembre.
- Gilbert, A. (1991). "Renting and the transition to owner occupation in latin american cities". *Habitat Intl*, XV, 1/2: 87-99.
- Gilbert, A. (1997). *La ciudad latinoamericana*. México: Siglo XXI editores.
- Gilbert, A. (1999). "A home is forever? Residential mobility and home ownership in self-help settlements". *Environment and Planning A*, 31: 1.073-1.091.
- Gilbert, A. (2001). "¿Una casa para siempre? Movilidad residencial y propiedad de la vivienda en los asentamientos autoproducidos". *Revista Territorios*, 6: 51-73. Bogotá.
- Hamnett, C. (1984). "Gentrification and residential location theory: a review and assessment", en: D. T. Herbert y R. J. Johnson (eds.). *Geography and the urban environment*. Londres: John Wiley.

- Hoyos, M. C. (1996). *La movilidad de las poblaciones y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana de Bogotá. Documento de trabajo 5: metodología y análisis de la encuesta cualitativa*. Bogotá: ORSTOM, CEDE.
- Janoschka, M. (2002). "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE*, XXVIII, 85. Santiago de Chile.
- Le Gleau J. P.; Pumain, D. y T. Saint-Julien (1996). "Villes d'Europe: à chacun sa définition". *Economie y Statistique*: 9-23.
- Lévy, J. P. (2002). "Gentrification", en: M. Segaud y otros (dir.). *Dictionnaire de l'habitat y du logement*. París: Armand Colin: 199-201.
- Mohan, R. (1994). *Understanding the developing metropolis: lessons from the city study of Bogotá and Cali, Colombia*. Oxford: Oxford University Press.
- Ospina, M. (1981). *El proceso de recuperación del centro de Bogotá. La Macarena y las residencias El Parque*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Tesis de Grado.
- Parias, A. (1996). *El mercado de vivienda en alquiler en Bogotá: una aproximación preliminar a sus principales rasgos. Informe de actividades*. Bogotá: CEDE, ORSTOM.
- Rossi, P. (1980) [1955]. *Why family move. A study in the psychology of urban residential mobility*. Beverley Hills.